

Jaime Labastida

Carta de creencia

Adolfo Castañón

I

No es casual que estemos aquí; tampoco es fortuita o accidental la obra —obra de obras— que estas líneas saludan: *El amor, el sueño y la muerte en la poesía mexicana*. La construcción anterior de esta pirámide de palabras se levantó hace nueve lustros, 16 mil 425 días, 45 años, y la realizó un hombre joven de 30 años a instancias de un crítico literario portugués, Antonio Rodríguez, y de un joven escritor mexicano, Andrés González Pagés (1940). El joven autor, nacido en Los Mochis, Sinaloa en 1939, había publicado algunas colecciones de poemas, pero también era conocido como un estudiante de filosofía marxista; había concluido la redacción de su libro *Producción, ciencia y sociedad*, que se publicaría poco después y que formaba parte de un grupo de poetas que las circunstancias amistosas y editoriales habían reunido, primero en torno a la amistad y guía del poeta catalán Agustí Bartra, padre de Roger, y luego en dos libros colectivos: *La espiga amotinada* y *Ocupación de la palabra*. Ellos eran Juan Bañuelos, Jaime Augusto Shelley, Óscar Oliva, además del inquieto centauro que tan pronto templaba el arco de las ideas como tensaba las cuerdas de la lira: Jaime Labastida.

Además de la vocación por la poesía —es decir, de sentirse llamado a respirar en el mundo de la palabra—, tenía una inclinación no menos perceptible por el oficio del pensamiento. Era y es un poeta-filósofo, un hombre que llevaba dos sombras; “el verdadero poeta —dice Jaime Sabines, uno de los poetas incluidos en este libro y, más todavía, uno de los maestros, guías y modelos de vida de ese grupo que lo había adoptado en cierto modo como un tutor espiritual— debe ser el ju-

glar más el filósofo. El que canta y reflexiona, medita y llega a través del poema a la verdad de las cosas. No creo que haya poeta verdadero sin filósofo verdadero. El poeta, en el fondo, es un filósofo”.¹ Ese filósofo poeta que es por ejemplo el autor de *Animal de silencios* (1996), *Elogios de la luz y la sombra* (2009), *La sal me sabría a polvo* (2009) y *En el centro del año* (2012).

Ya entonces, desde 1969, año de publicación de la antología, aquella caja de palabras sobre la cual se levanta el arca transfigurada de esta edición de 2015, fue saludada con rigor y generosidad por al menos dos lectores críticos: Alejandro Ariceaga (1949-2004) precisaba: “Destacamos dos valores de este libro. Uno es el hecho de recibir la selección rigurosa de poemas mexicanos en cuanto a tres temas: el amor, el sueño y la muerte; el otro es el ensayo irrefutable del poeta y filósofo Jaime Labastida en cuanto a cada uno de los poemas y el encuadre global o de glosa que hace del conjunto”,² y Margarita Peña, quien puntualizaba: “llama la atención la honestidad esencial de Labastida. El esclarecimiento de la poesía mexicana detectando nuevos sentidos, estableciendo vínculos e influencias. La selección, que responde igualmente a un criterio estrictamente personal...”³

Cada una de las páginas de este libro ha acompañado a su autor durante muchos días de su vida. No es un libro casual sino necesario. *El amor, el sueño y la muerte*

te en la poesía mexicana, dedicado a Jesús Martínez, era obra de un joven poeta-filósofo, uno no tan aprendiz de “poeta verdadero” para citar la voz de Sabines, a cuya poesía el joven y el adulto crítico, editor y poeta llamó entonces y todavía ahora “grandiosa”. *El amor, el sueño y la muerte en la poesía mexicana* es entonces obra necesaria y casi se diría orgánica de un lector de poesía que escribe y hace filosofía, de un crítico que es a la par un editor y un hombre práctico. Es un libro necesario y verdadero. Prueba de esa verdad del poeta es que aquella urdimbre de escrituras aspirantes a la perfección o a la necesidad impresa hace más de cuatro décadas renace ahora renovada —la misma y otra— en un libro que no dudó en calificar de madurez. Obra consistente fraguada con obras consistentes —los poemas y versos reunidos— y en la cual se interroga y afirma la idea misma de “obra” y se expone al paso una idea de la poesía y de la tradición literaria gracias al vaivén sigiloso y eficiente del pensador al que el poeta tiende la estafeta en esta suerte de maratón poético a través de las edades, orquestado por ese juez de tronos y trofeos apellidado Labastida. Rara es la generosa y ascética perseverancia que respalda esta construcción llamada a tener un lugar axial o, si se quiere, de bisagra editorial en la historia de la poesía mexicana tanto como en la de la historia y la crítica literarias, y en las diversas disciplinas desveladas por pensar el poema. Se me ocurre una comparación para tratar de hacer justicia a este libro hecho de libros donde el poeta y el filósofo se dan la mano desdoblándose en otra figura: la del editor. Labastida, no lo callemos, lo es.

Octavio Paz —modelo y antimodelo de la cultura mexicana y de Jaime Labas-

¹ Pilar Jiménez Trejo, *Sabines. Apuntes biográficos*, Tusquets, México, 2014, p. 124.

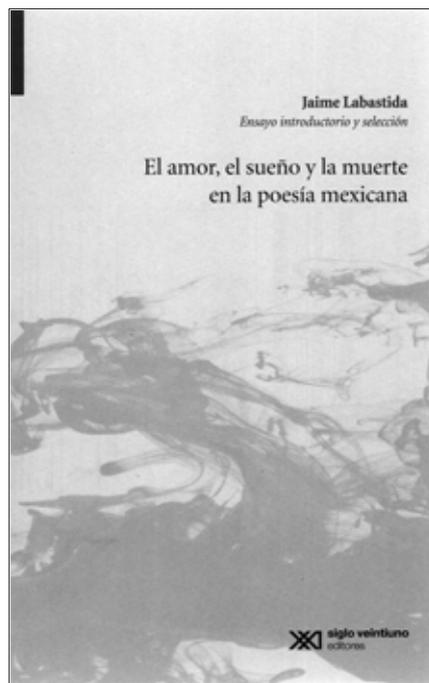
² Alejandro Ariceaga, “Tres caras de la poesía”, *Revista Mexicana de Cultura*, 3 de mayo de 1970, número 66, p. 6.

³ Margarita Peña, “La poesía. Antología y una gran calidad personal”, “La cultura en México”, número 465, 6 de enero de 1971, pp. II-III.

tida— era dado a reescribir sus poemas a los que concebía como una suerte de “diario interior”. Esa reescritura plantea, por cierto, no pocos problemas críticos, filológicos y filosóficos, a la hora de valorar esas “urnas del instante” que aspirarían a ser los poemas. Paz hizo dos versiones del juvenil poema “Entre la piedra y la flor”, escrito en Mérida en 1938 y reescrito en 1976 para la edición de las *Obras completas*. Lo que estaba en juego en esas líneas que se desdoblaron a lo largo de casi treinta años era la fidelidad a una idea, la necesidad de ajustar cuentas con una experiencia decisiva. No temo equivocarme demasiado al decir que los dos cuerpos (el de 1969 y el de 2015) de esta pirámide de palabras llamada *El amor, el sueño y la muerte* responden a una experiencia semejante. Jaime Labastida no abandonó aquella analecta de 1969 como a una hija a la que nunca se vuelve a ver, sino que estuvo conviviendo con ella como una nodriza y madurándola a lo largo de los años leídos y de los poemas escritos y releídos.

Está en juego la idea de tradición, la pregunta por lo heredado y por lo heredable. El proyecto de esta antología se encuentra, como dice el propio autor, “en el polo opuesto al de *Poesía en movimiento* [...] [que] ponía el acento en la ruptura de la tradición y decía que en la poesía mexicana se hallaba presente y viva la tradición de la ruptura” (p. 12). Esta antología se encuentra en el polo de la tradición clásica.

Descubrimos así que estamos ante una antología-palimpsesto y que hay además algunas simetrías entre los 45 años que separan la primera edición y esta revisada y puesta al día en 2015 y los 43 que el cuaderno heredado estuvo en manos del abuelo... No sólo eso: estas frases nos permiten ensayar la reconstrucción de un imaginario literario y poético familiar, de un gusto no por la poesía en general sino por ciertos poemas, ciertos lugares de la escritura que atraviesan el tiempo y las generaciones como una daga ardiente la cera. De ahí que el apellido de “mexicana” que cierra el título no sea una casualidad, pues, en verdad, si no de todo México, el gusto literario encerrado en estas páginas resulta emblemático de una comunidad, de un país, de un *ethos* y una nación llamada “Mé-



xico”. No sólo eso: muchos de los poemas y de los poetas cosechados en aquel cuadernillo heredado se encuentran recogidos en este libro de título entre teatral y filosófico, y que tiene un aire de familia con ciertas historias “intencionadas” de la literatura como podrían ser *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica* de Mario Praz o *El alma romántica y el sueño* de Albert Béguin. Es pues como si bajo el cuerpo flamante de la nueva pirámide que hoy tratamos de escalar con estas palabras descalzas yaciese otro, a medias sepultado —pues no poco pervive en este— con el mismo título y características similares y, bajo este, esa cripta editorial que es el cuaderno del abuelo, cuyos últimos registros paleográficos son anteriores al nacimiento de su heredero y salvador. En este ámbito se define el espacio de lo memorable y susceptible de ser transmitido entre generaciones. La antología de Jaime Labastida pulsa tres registros o tres regiones de la experiencia de lo elemental.

Así, el motivo de la tradición se da en el caso de este libro y de este autor como algo orgánico y vivido, necesario, más como un ritual que como un juego, un saltar como cuerda la cadena de las generaciones a través de una serie definida de poemas. El diálogo entre tradición y talento individual, que diría T. S. Eliot, se da aquí como un ejercicio vivo de crítica literaria cuyo afán y objeto es fijar el sentido de

ciertas construcciones poéticas. Ese arte de la lectura tiene diversos procedimientos y registros, tijeras, escuadras, lentes de aumento, instrumentos hermenéuticos historiográficos de restauración o depuración del sentido, como es el palpable en las lecciones sobre el *Primero sueño* de Sor Juana Inés de la Cruz o sobre *Muerte sin fin* de José Gorostiza,⁴ que ayudan a establecer el sentido y a rectificar las lecturas erróneas, como en el caso de Ermilo Abreu Gómez con el poema escrito por la autora virreinal. Se desprende que una de las lecciones —acaso elemental pero sustantiva— de este libro-biblioteca, de este museo poético, para evocar aquí a Salvador Elizondo: para poder leer un poema, para poder medirse y medirlo es preciso situar el texto entre y contra las diversas lecturas de que ha sido objeto. Esta “operación de leer” de índole historiográfica y filológica no solamente revive y vivifica al texto, sino de paso y por la tangente, da cuerpo, aunque solamente sea por un momento, a las lecturas, a las fantasías, si se quiere a las interpretaciones previas de que ha sido objeto el poema. Se podría hablar de fragua crítica. Esa fragua que está figurada en el escudo de la Academia Mexicana de la Lengua de la cual Jaime Labastida es actualmente director.

Recalco. *El amor, el sueño y la muerte en la poesía mexicana* es un libro que ha acompañado a lo largo de varias décadas a su autor. La reedición de este año 2015 comporta ampliaciones, variaciones, ensanches, pero el libro tiene un antecedente que se remonta más allá de su autor, ese cuadernillo heredado del abuelo quien transcribió de puño y letra algunos poemas que le sirvieron como voces confortantes, palabras de ayuda y descanso en momentos críticos y que acaso también le han sido salutíferas a nuestro amigo y lo han hecho vivir y sobrevivir, lo han salvado de los escombros y las ruinas. Esto quizás explique la pasión, casi se diría la vehemencia, con que Labastida busca, primero, comprender y luego establecer y transmitir el sentido...

⁴ En *La palabra enemiga* también dedica un capítulo a José Gorostiza, “*Muerte sin fin*, una contrateodicea”, Aldus, México, 1996, pp. 151-160.

II

El poeta se desdobra en crítico literario y en filólogo. No necesita protección, como diría María Zambrano. Su palabra es capaz de armar su propia tradición y de reconstruir sus antecedentes y proyectar su horizonte por venir. Su figura recuerda en cierto modo la de ese agente platónico que descubre que los hombres están encerrados en una caverna y confunden el mundo proyectado en sus paredes con el mundo verdadero y que no encuentra cómo decírselos. Esa visión privilegiada tiene algo de secreto y hasta puede ser entendida como una suerte de castigo. El agente que ha sorprendido el secreto de la cueva sabe y no siempre sabe cómo decirlo.

III

Dada mi relación de amistad y cercanía con el autor, no puedo dejar de preguntarme: ¿qué puede representar una reunión como esta en su obra? A primera vista se diría que es un trabajo externo, contingente, accidental. Quedarse con esta respuesta sería algo demasiado simple en este caso, sobre todo si se tiene presente lo ya dicho arriba.

En la poética del espacio interior, para evocar a Gaston Bachelard, cuya presencia ronda estas páginas, una antología cabría ser concebida como la biblioteca de la casa. Pero en el caso de un poeta y bibliófilo la biblioteca estaría quizás en el centro de la casa. De esta suerte, pienso que el libro comentado no solamente es y será una herramienta indispensable para navegar las aguas feraces de la poesía mexicana, sino, a contraluz, un libro necesario para entender el proyecto crítico y aun poético de Jaime Labastida.

IV

Un libro que ha acompañado a su autor a lo largo de toda su vida y aun, se diría, antes de nacer. Recoge los poemas que él piensa deben acompañar a las generaciones futuras y es, desde luego, un panorama. También un testamento, un pliego de

mortaja compuesto para ser entregado a los sucesores. El libro cosecha poemas, grandes poemas, los grandes poemas de la literatura mexicana, al sentir de su autor. También los enmarca, los acompaña con sus comentarios, busca establecer u orientar el sentido de su lectura. El libro se da como una carta de creencia, un ideario ilustrado donde el autor va definiendo a través de los poemas estudiados una idea de la poesía, un álgebra lírica. Es también una lección de crítica y de restitución de sentido, de los sentidos de ciertos poemas, de ciertas obras que el autor considera axiales a la hora de armar el paisaje o panoscopio de la poesía mexicana. De refilón y por la tangente, esboza una idea de México y de la cultura mexicana una silueta de sus gustos y estética. Un poema fracasado es un poema abandonado, decía Paul Valéry. Jaime Labastida no abandonó aquella antología que publicó hace años y ella siguió trabajándolo en su interior, como si el jardín cuidase a su jardinero. Nada garantiza que sea una antología definitiva, sí se puede decir en cambio que es una antología refinada, una lección sincera, sin rebabas, de cómo escribir la historia de la poesía en México.

V

Entre la edición politécnica de 1969 y la de 2015 hay diferencias y coincidencias significativas, ensanches, y ampliaciones más que omisiones, enmiendas o arrepentimientos. Además de los poemas añadidos de Alí Chumacero, Rubén Bonifaz Nuño, Gilberto Owen, Eduardo Lizalde, solamente registro un cambio: en vez del poema de Luis G. Urbina “El hombre de las horas” de 1916, en la sección “La muerte”, se incluyen del mismo Urbina, pero en la sección correspondiente al amor: “La balada de la vuelta del juglar”, “Metamorfosis”, “La elegía del retorno”. Por cierto, una diferencia, entre la edición de 1969 y la de 2015 es que en la primera sí aparecen las fechas en que fueron escritos los poemas, mientras que en la de 2015 esto se da solamente a veces. Una ausencia puede llamar la atención: la de Alfonso Reyes, tanto más significativa cuanto que el

autor lo cita como ensayista y crítico varias veces en el prólogo.

Otra observación que se desprende de la comparación es que Labastida no se contentó con antologar los poemas que fueron objeto de la edición original sino que siguió rumiándolos y alimentando su lectura con su propia experiencia, sus duelos, sus muertos, su sangre.

Un ejemplo es el poema “Idilio salvaje” de Manuel José Othón, que da testimonio de esas ruminaciones, voz que por cierto no aparece en el diccionario español aunque sí en el francés, practicadas a lo largo de numerosos días y años. Quiero decir que Labastida estuvo repasando, masticando, rumiando a lo largo de los años el poema en su boca y con su lengua hasta que lo fue haciendo cada vez más suyo.

VI

De las 470 páginas que contiene el libro 304 se dedican al rescate y antología de 24 poetas-poemas y 141 al comentario y explicación del establecimiento y debate del sentido de los textos reunidos. O sea, una tercera parte más, páginas más, páginas menos. De las páginas de comentarios, sobresalen las dedicadas al *Primero sueño* de Sor Juana Inés de la Cruz, con 20 páginas a los poemas en especial “Hormigas” de Ramón López Velarde, con 8; a “Piedra de Sol” de Octavio Paz, con 5; y a “Muerte sin fin” de José Gorostiza, con 15. Por la cantidad de páginas que les consagra Labastida en su prólogo, un poco más de 10 por ciento de la extensión total, las referidas a Gorostiza serían, sin duda, el centro de gravedad que imanta la selección. Sobra decir que hay puentes, relevos, y recurrencias entre las viñetas críticas que indican de nueva cuenta la idea que tiene del amor y aun de la amistad, la muerte y el sueño, pero acaso no del ensueño. Pero que indican sobre todo que Jaime Labastida ha sabido construir un lenguaje. No es poca cosa. **U**

El amor, el sueño y la muerte en la poesía mexicana, ensayo introductorio y selección de Jaime Labastida, Siglo XXI, México, 2014, 470 pp.